La construcción de la identidad femenina en el cuento "La libertad" de la narradora hondureña Leticia de Oyuela[1]

Consuelo Meza Márquez
Universidad Autónoma de Aguascalientes

Para vivir a través de este espacio transicional entre el ya no y el todavía no si volverse loca, es necesario que la mujer aprenda a mirar en dos direcciones divergentes simultáneamente. Debe aprender a expresar las contradicciones, a verlas, a comprenderlas, a vivir en ellas y con ellas, y también aprender a ganar fuerza de la rebelión contra el ayer y de la anticipación del mañana.

Sigrid Weigel

Introducción

El ensayo tiene como objetivo analizar desde la perspectiva de género el proceso de construcción de la identidad femenina con la finalidad de indagar si el texto cuestiona la concepción tradicional de feminidad, y si este cuestionamiento subvierte el orden social dando lugar no sólo a nuevas maneras de ser mujer sino a una propuesta de formas alternativas de organización social.

En el cuento de Leticia de Oyuela, la identidad y subjetividad de la protagonista presenta características mezcladas de la noción tradicional con otros rasgos que representan nuevas maneras de ser mujer, se encuentra un personaje que se debate entre seguir la seguridad de los caminos comunes del *ser para otros* o perseguir la vocación ontológica e histórica de constituirse como sujeto de deseos propios. La primera alternativa le ofrece el espejo de la cultura en el que la mujer puede observar una imagen de sí en la que se sintetizan los caminos socialmente aceptables para construirse como persona del sexo femenino. Si bien esta imagen le garantiza un lugar en la sociedad y el buen cumplimiento de los roles asignados, al no haber sido reflejada desde la subjetividad femenina, devuelve a la mujer una imagen enajenada y deformada que sólo podrá ser corregida a través de la figura óptica de la mirada estrábica. Es ésta, una mirada en dos direcciones en la que una se encuentra fija en las relaciones sociales producto de una sociedad jerarquizada y estereotipada en roles en la que *ya no* se reconoce, y la otra fluye emancipada, atrevida y creativa en la búsqueda permanente de esas grietas sociales que le permitan construir otra manera de ser mujer que *todavía no* es posible imaginar cómo será, ni cómo negociará con el contexto social las nuevas representaciones femeninas. La segunda alternativa parte de esta mirada. Las mujeres al enfrentarse con el espejo de la cultura y rechazar la imagen que le ofrece, en ese primer momento de extrañamiento se origina un proceso de autorreflexión acerca de su propia condición de mujer que genera un nuevo conocimiento de que esta inconformidad y vacío no se debe a una perversión personal sino que la cultura construye a las mujeres como seres subordinados, que son reconocidos socialmente precisamente por los valores que las mantienen en la sujeción.

En ese momento de toma de conciencia la mujer borra del espejo los rasgos de la mujer cautiva para intentar moldear otra imagen que le permita construirse mujer como sujeto de deseos. En esta etapa, la mujer no cuenta con modelos hacia los cuales volver la vista, con un ojo fijo en el contexto social en el que se desenvuelve (el *ya no*) debe dejar vagar su mirada buscando y generando alternativas que al ser negociadas con el entorno le permitan construirse como una mujer autónoma no sólo en el plano individual sino en el histórico-social (el *todavía no*). De ahí el potencial subversivo de la figura óptica de la mirada bizca: la rebeldía y el desafío a través de la resignificación de los símbolos institucionalizados que la protagonista realiza en su actuación; y de la confrontación con las gratificaciones obtenidas. Esta mirada se encuentra en la protagonista y en la mujer escritora que invita, a su vez, a quienes leen a hacerse cómplices de la misma como una propuesta para aceptar el conflicto, sin solución en el contexto actual de la vida interna (subjetividad) y la vida externa (condiciones objetivas) de la mayoría de las mujeres. Este conflicto surge de la contradicción *entre las promesas vinculadas a la feminidad y la desolación real de la vida de las mujeres.*[2]

El análisis del texto es de tipo sociológico y se realizará a partir del tratamiento que la escritora realiza de las esferas de la producción, reproducción, socialización y sexualidad. Se enfrentarán las características que a partir de la concepción tradicional de feminidad constituyen el arquetipo de identidad femenina con la resignificación que la protagonista realiza de éstas y el sentido que ello imprime en su actuación; y si al enfrentar la experiencia personal con la ideología vigente surge un conflicto, cómo se ve a sí misma dentro de éste y cómo resuelve estos conflictos o crisis identitarias.

Desarrollo

"La Libertad" es el relato de la vida de Bienvenida Quiñónez, una mujer huérfana, criada por la abuela, que fue socializada en los más puros valores tradicionales de feminidad y educada, por tanto, para desempeñar el papel de ama de casa.

> Conocía todas las artes del hogar: desde los secretos de la cocina y las técnicas primorosas de lavar y planchar, hasta reparar la ropa con parches que no se notan o coser medias y calcetines con la complicada urdidumbre de festón sobre festón [...] [p. 104].

El cuento toma su nombre de la violencia simbólica que el sistema cultural y social ha ejercido sobre Bienvenida y que tiene como efecto una privación de la libertad para tomar decisiones sobre su propia persona y sobre los procesos que la atañen directamente. Una violencia simbólica que a través de la mediación del sentimiento amoroso, la ha expropiado de la capacidad de soñar sus propias fantasías y del deseo de realización personal directa. El nombre de Bienvenida se debe a la entrega de esta mujer al marido, aceptando su magisterio y el lenguaje del discurso patriarcal sin discusiones ni reclamos.

Bienvenida es vista en un proceso constante de autorreflexión, se encuentran recurrentemente crisis identitarias de orden genérico. Toma conciencia de que sus malestares son producto de una situación social que construye a la mujer como sometida, como cautiva al varón y que es valorada positivamente, precisamente por el sacrificio que hace de su vida y la ofrenda de ésta al hombre. Logra expresar y nombrar sus inquietudes, es el momento del darse cuenta, del *ya no*, pero *todavía no* porque no cuenta con modelos alternativos a los cuales referirse para construir la imagen de la mujer autónoma. Esa ausencia de referentes, la privación histórica de la libertad y su aislamiento respecto a otras mujeres, no le permiten imaginar *otra manera de ser mujer*.

Bienvenida es socializada en la negación de la palabra para nombrarse a sí misma y para nombrar al mundo. Un ejemplo claro de ello se encuentra en la recomendación de la madre a la abuela de "no enseñarle a leer ni escribir para que no pudiera comunicarse con los novios" [p. 104]. Sin embargo, un sacerdote le enseña y Bienvenida lee con avidez libros de devociones que vinieron a completar su socialización con imágenes de resignación femenina como la de la Virgen María al pie de la cruz, o imágenes en las que la mujer se brinda al *otro*, olvidándose de sí, como la de Santa María Magdalena "enjugando con su cabellera los santos pies del Maestro" [p. 105]. Estos son los contenidos simbólicos de feminidad que ha asimilado: la pasividad, la entrega, la abnegación y la humildad.

Bienvenida es de origen humilde y trabaja como aprendiz en una sala de modas. Es una mujer sensible a las percepciones que le llegan a través de los sentidos y no ha descubierto el enorme potencial que la sensualidad representa: un espacio para experimentar las sensaciones provenientes de su cuerpo, apropiarse de ellas y desde ese ámbito ir generando transformaciones. En su trabajo descubre el efecto que los colores, como símbolos, producen sobre ella. Los colores pastel de las telas (rosas, celestes y cremosos amarillos) le hacían soñar despierta con "historias de bellas mujeres y caballeros apuestos que, con bellas palabras la invitaban al amor" [p. 105].

Estos tonos son los culturalmente utilizados para vestir a las niñas pequeñas. Los colores fuertes (magenta, azul pavo real, el amarillo oro, el negro y el verde) "le ocasionaban un sentimiento de rebeldía, unas ganas de llorar y sonarse la nariz en aquellos tejidos tan caros que no hubiera podido pagar jamás" [p. 105]. Los colores cumplen la función del espejo, le provocan un cúmulo de sensaciones que podrían desencadenar un proceso de reflexión. Sin embargo, Bienvenida, separada de la fuerza de la sensualidad no asume el reto para construir ese nuevo lenguaje del *todavía no* que le regresaría el contacto consigo misma, a nivel de la subjetividad, y con su cuerpo.

La rutina cotidiana de Bienvenida se completaba con las visitas a la iglesia por la tarde para rezar el rosario y conversar a la salida con alguna amiga o pariente. Bienvenida se sentía sola y triste, agobiada por la rutina y como refugio soñaba despierta y dormida [p. 106], deseando, como el sonido del fluir constante del río, poder salir, correr y hasta volar [cfr. 105]. Bienvenida aspira, sin saberlo, a la libertad pero no logra nombrar sus inquietudes ni expresar la fuente de esta sensación.

Bienvenida es invitada a un paseo en el que conoce a León Guardiola, un joven abogado recién llegado de Guatemala. En ese primer encuentro como en los posteriores, a Bienvenida se le dificultaba encontrar las palabras para responderle debido a la actitud del hombre que la trataba como si fuera una niña. Bienvenida podía apreciar la presencia de "un temperamento ligeramente despótico, cuando la trataba como un padre fastidiado a una hija díscola y dura de entendederas" [p. 106]. A pesar de ello, Bienvenida aceptó el noviazgo con vistas al matrimonio por la presión social que se ejercía a través de la abuela y las tías que consideraban que era un milagro el que una muchacha pobre, sin familia y sin atributos físicos hubiese atraído a un hombre guapo de las mejores familias de Guatemala. Sin mucha resistencia a estos dispositivos de socialización, Bienvenida se deja llevar y, a pesar de sus temores, cede ante estos argumentos, llegando a convencerse de su buena fortuna. El dispositivo de la sexualidad ha ejercido su acción de violencia simbólica de manera exitosa.

El matrimonio representa un contexto de interacción que como sujeto sexuado supone una reafirmación de los valores en que Bienvenida fue socializada. Guardiola fue un amante protector que durante los largos paseos que realizaban nombraba el mundo para ella. Bienvenida creyó que se había casado con un sabio y el marido tuvo a una interlocutora ávida de escucharlo. Por las noches, tendidos en una hamaca, escuchaban el canto de los grillos mientras observaban el cielo y el recorrido de la luna. "En este escenario, Bienvenida dormía —más bien soñaba— sobre el relajado brazo de su amor" [p. 108].

Bienvenida toma posesión de su casa y se dedica a sus deberes de esposa y ama de casa. Su devoción llegó a extremos como el de interrumpir su sueño para atender a las necesidades del marido, quien siempre trabajaba hasta altas horas de la madrugada. La identidad de Bienvenida es la de un ser para *el otro*, y no cuestiona esta devoción exagerada que raya en el olvido de sí misma. Hasta el momento, en la experiencia de Bienvenida se ha dado un equilibrio entre las aspiraciones subjetivas y las condiciones objetivas y por ello es poseedora de una fuerte adhesión a las normas y valores del *deber ser* femenino. Incluso, según las metáforas del discurso patriarcal, ha sido recompensada por el buen cumplimiento del rol.

La maternidad representa un nuevo contexto en el que Bienvenida cuestiona la construcción de los géneros y las relaciones de poder que la mantienen en la invisibilidad y la mudez. El marido se impacienta ante la ruptura de la tranquilidad y el supuesto desorden que la presencia de un niño trae consigo, y para evitarse molestias se construye una biblioteca en el fondo de la finca. Bienvenida trabajaba el doble en el intento de atender al hijo y mantener el orden de la casa tal como el marido lo exigía. Se encontraba exhausta y el rechazo hacia este nuevo contexto de interacción se expresa en un cuerpo que ya no goza de los encuentros sexuales, un cuerpo con un permanente cansancio. "Pero era un cansancio del alma, cansancio de su expectativa de vida" [p. 110]. La ambivalencia se encuentra presente en el lenguaje: reconoce en Guardiola al maestro, a la figura protectora del padre que perdió y al hombre que le descubrió el amor. Sin embargo, rechaza su carácter intolerante y la amargura que vierte sobre ella y su hijo. Sobre todo, la inquieta ese sentimiento "escondido dentro del pecho [...] y cuyo origen era incapaz de detectar [...] un sentimiento general de opresión, que la hacía preguntarse si ahora que tenía todo para la felicidad ¿Qué era lo que la oprimía?" [p. 111]. Esta sensación que no logra nombrar desencadena el proceso de autorreflexión, es el momento de la figura óptica del *ya no* pero cuando externaba esta sensación con su abuela o la tía, las mujeres le respondían: "Tienes todo en la vida; un esposo digno y responsable que te quiere, y este niño primoroso ¿Qué más puedes pedir?" [p. 111]. Estas mujeres que podrían construir una red sororal que la fortaleciera cumplen, por el contrario, con su rol ejerciendo el limitado poder que la cultura les brinda para acallar

esas inquietudes que pudieran transformarse en manifestaciones de resistencia y rebeldía. Le reafirman un concepto de felicidad que no lleva consigo la libertad, el deseo o el placer.

A pesar de la fuerza de los dispositivos de socialización, Bienvenida empieza a tomar conciencia de su condición de mujer como cautiva pero no logra nombrar su inquietud. Esta crisis identitaria de orden genérico se ve mediatizada por un viaje que el matrimonio realiza como parte de la comitiva del Presidente de la República. Guardiola volvió a sonreír y a "ella le gustaba verlo reír" [p. 112]. Fue feliz, con excepción de la ocasión en que el marido le solicitó que usara guantes cuando saliera con la comitiva "para ocultar de sus manos las huellas del trabajo" [p. 113]. Bienvenida se indigna, el marido "era incapaz de entender que todo el trabajo doméstico que hacía era una prueba de su amor, que no aceptaba que extraños hicieran por ella" [p. 113]. Esas manos maltratadas representaban para ella su amor a los suyos (la resignificación que ella realiza de su opresión y que muestra el grado de adhesión a los dispositivos que la mantienen cautiva) y para él demeritaban la imagen de ella en su círculo social. Reflexiona, entonces, en que las mujeres representan para los hombres un objeto para lucir, un objeto del que se enorgullecen y que, "en su caso, sólo era una pequeña flor, quizá olorosa, que Guardiola ponía en su ojal" [p. 114]. Esto la hace tomar conciencia de esa relación sujeto-objeto que se establece entre los sexos y donde es el varón el que ostenta la calidad de sujeto y propietario.

Bienvenida dio a luz a su segundo hijo, una niña llamada Violeta. El nombre de la hija, hace alusión a la conciliación, al deseo de armonía, de equilibrio entre esos polos construidos como contrarios: la necesidad de dar salida a esa sensación de rebeldía latente que la acompaña.

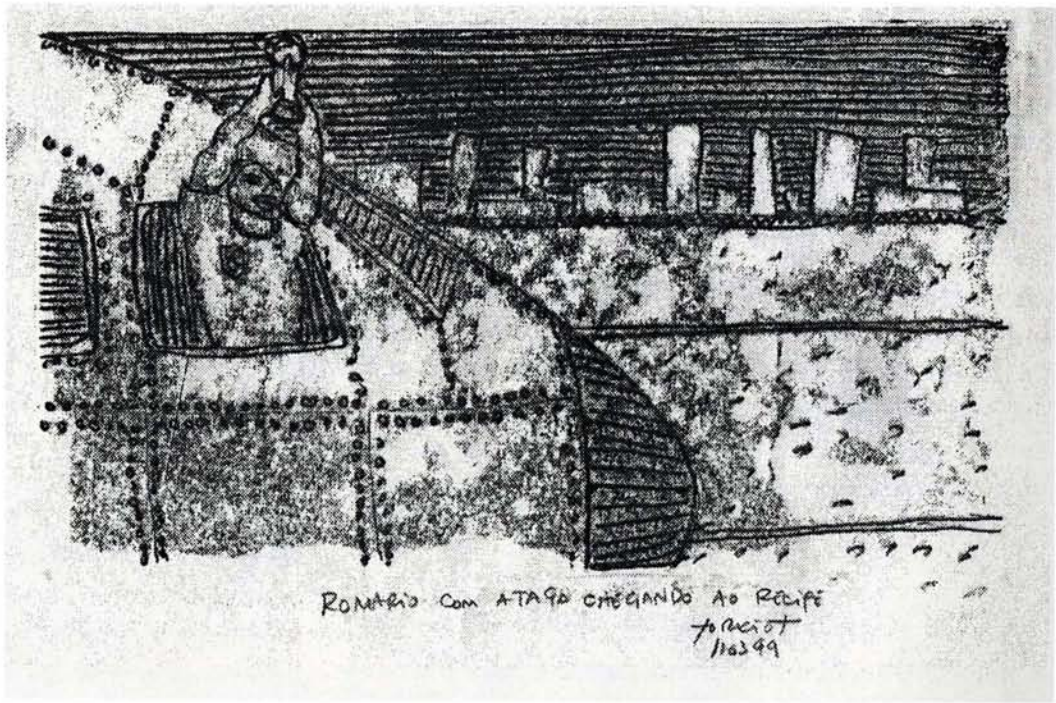
Conforme la situación política del país se deterioraba, se agudizaba el mal humor de Guardiola. Éste, según la percepción de la esposa, se había convertido en una persona inconforme, insatisfecha y amargada que había perdido el amor a su trabajo y a su familia.

Bienvenida tomó conciencia, asimismo, de su propio cambio. El centro de su existencia se había trasladado a sus hijos y ahora "les mostraba el mundo como antaño él se lo había mostrado a ella" [p. 117]. Es ella la que nombra el mundo a sus hijos y éstos se convierten en un refugio, una especie de espacio de resistencia que no llega a cristalizar porque ella lo ejerce a la manera tradicional, como ese pequeño coto de poder de las mujeres sobre los pequeños que legitima el discurso patriarcal.

Es en el nuevo contexto de interacción como mujer de edad madura y ante los frecuentes comentarios del marido acerca de la naturaleza histérica de las mujeres a partir de los cuarenta años, que Bienvenida logra materializar "ese sentimiento larvado hacía muchos años que la asombraba y la aterraba, al pensar si no lo estaba odiando" [p. 118]. Finalmente, logra nombrar su malestar. Justifica y resignifica esta crisis identitaria genérica, convenciéndose a sí misma de que no odiaba al marido sino a esa actitud de pretender saberlo todo. Este sentimiento de odio se hacía más patente cuando Guardiola hablaba de la libertad, su tema favorito en discursos, artículos y ensayos porque en el colmo del egoísmo, el marido no razonaba "que la libertad justamente termina donde inicia la libertad del otro y que él, el docto, el sabio, el erudito, había hecho de su hogar un mundo de esclavitud donde todos existían para su servicio, para su confort. Todos eran marionetas" [p. 118]. Sin embargo, esta reflexión no expresa un nuevo lenguaje ni una voluntad de cambio, requisitos indispensables para romper con el espejo de la cultura y dar inicio al desencadenamiento de la figura óptica de la mirada estrábica en el que un ojo se queda fijo en el aquí y el ahora (el sometimiento al marido) y el otro deja vagar su mirada en la búsqueda de alternativas que le permitan dar orientación y sentido a esa inquietud que la ha acompañado y que ahora reconoce como el deseo de libertad, una libertad gozosa alejada por completo de esa ética de sacrificio en la que ha sido socializada. Este es el dilema y *el todavía no*, no logra surgir porque Bienvenida se encuentra paralizada por ese fuerte condicionamiento que muestra hacia el universo simbólico y los dispositivos que no le permiten dejar libre a la imaginación para vagar en la recreación de otras posibles representaciones y nuevas metáforas construidas con un nuevo lenguaje.

De la vida sexual de la pareja, el cuento proporciona pocos indicios pero muy elocuentes. En el pasado, Guardiola solía mostrarle láminas de libros, "donde aparecían hermosas mujeres desnudas de los tiempos antiguos y [...] en un rapto de pasión le decía: *Mira esta india cuánto se parece contigo*" [pp. 114-115]. Bienvenida disfrutaba de estos comentarios y los mismos dan cuenta de que no es una mujer sin atractivos físicos como la abuela y tías señalaban sino que el ser huérfana (sola) y el pertenecer a un estrato social no privilegiado, la colocan en una situación de desventaja. Esta es la posición desde la cual Bienvenida actúa, una posición en la que se encuentra desprovista de cualquier artificio del poder.

♦♦♦



La vida sexual de la pareja fue rica y satisfactoria conforme a la asignación tradicional de los roles femenino y masculino. La mujer, ya en su madurez, recuerda los años pasados en ese gran lecho "donde se tornaba pequeñita a su lado, sintiendo su instinto protector y el objeto fundamental de su amor" [p. 118]. Bienvenida disfrutó plenamente de esa entrega de cuerpo y alma que ella suponía recíproca. Por ello, en una ocasión en que el marido tenía una difícil y conflictiva reunión de trabajo, quiso darle una sorpresa como una invitación a recuperar el camino que les permitiera amarse de nuevo y enfrentar "juntos al mundo y a su crueldad" [p. 119].

Bienvenida cortó del jardín, un enorme ramo de flores que deshizo en pétalos sobre el lecho; las flores despedían un olor muy grato y Bienvenida esperó al marido con la intención de establecer un intercambio amoroso. Cuando éste llegó, fingió no darse cuenta de los pétalos sobre el lecho y mostró su indignación ante la cama mal hecha. Lo que el marido expresa es su rechazo a que sea la mujer la que tome un papel activo y muestre deseo sexual. "Con la almohada, limpiaba la cama tirando los pétalos al piso, donde languidecieron, marchitos, al igual que su fantasía de amor" [p. 119].

Ante la inminencia de una guerra civil, Guardiola decide marcharse de Honduras. Bienvenida le interroga acerca de ella y los hijos a lo que el marido responde (elemento irónico que alude al título del cuento) que ella "podía hacer lo que le diera la gana, que él le había dado suficiente libertad para que escogiera su destino" [p. 119].

Bienvenida hizo las maletas donde "iba perfectamente acomodada su ropa, siempre limpia y bien planchada —y lo vio partir— "firme en su puesto y sacando fuerzas de una disciplina interna, que ya en ella era una costumbre" [p. 120]. Esta observación muestra que Bienvenida en lugar de dar rienda suelta a sensaciones, anhelos y deseos había logrado someterlos. Es ella la primera y más estricta vigilante de su condición de cautiva.

El abandono del marido representa un nuevo contexto de interacción y la urgencia de asumir una nueva posición en éste es terreno fecundo para la generación de alternativas identitarias que le permitieran construirse como sujeto de deseos. La situación económica familiar se vio deteriorada porque el mayordomo de la pequeña hacienda, que era la única fuente de ingresos, dejó de traer los alimentos que ahí se producían y le exigía una cantidad adicional al salario para resolver los problemas. Bienvenida no sabe cómo enfrentar el engaño ni cómo ejercer su autoridad ante el hombre.

El texto tampoco ofrece muchas pistas acerca del proceso de socialización de los hijos, sin embargo la manera en que éstos responden al abandono del padre da cuenta de una educación tradicional respecto a los roles sexuales: el hijo de catorce años se muestra flojo, soberbio y llega tarde a la casa con un fuerte olor a alcohol, mientras que la niña permanece dulce, tranquila y reservada [cfr. 121]. La mujer tampoco sabe cómo asumir la autoridad ante el hijo.

Bienvenida se encuentra libre ahora del poder autoritario que, a manera de un patriarca, el marido ejercía. Se encuentra "libre" de ese yugo pero no sabe cómo ejercer su libertad. En la conciencia de ello, Bienvenida se cuestiona acerca de su incapacidad para sacar a flote su pequeña familia pero logra conservar su integridad recomponiendo esa imagen deformada y fragmentada que el espejo le devuelve, como en un rompecabezas. Da cauce, con ello, a este sentimiento respecto a que lo que realmente sucede es que no cuenta con la experiencia de la libertad, de tomar decisiones y manejar personas porque su aprendizaje y su experiencia sólo se ha limitado al espacio de sus deberes de mujer y de sus roles, sin inte-

grarse al contexto social global. Bienvenida se encuentra en el *todavía no*, luchando mediante la práctica política de autorreflexión, por dar solución al dilema entre libertad y cautiverio, entre el valor y el pánico. Sin embargo, este tipo de razonamientos no la fortalecen, su cuerpo se encuentra atravesado por el cansancio y la invade una sensación de miedo al porvenir. El dilema, de hecho, se resolvió en la conjunción de soledad y libertad sin que interviniera su voluntad. Esto es, se resolvió en el nivel de las estructuras objetivas pero no en el de la subjetividad y es por ello que el cansancio, el miedo y la soledad que experimenta, son tan abrumantes que empezó a extrañar a Guardiola y "por las madrugadas, al sentirse tan débil, casi abandonada, se ponía a llorar" [p. 121]. El cuento queda abierto y el conflicto no se resuelve.

Consideraciones finales

A manera de conclusión en relación con esas cinco estructuras puede señalarse que Bienvenida es una mujer cuya identidad ha sido llenada con contenidos que la expropian de su vocación para construirse como sujeto de deseos y que la conforman como madre y esposa bajo la concepción tradicional de feminidad, el ser puente para que los otros sean, la perfecta hada del hogar. La educación recibida la capacita para su actuación en el ámbito de lo doméstico, esto es, en la esfera de la reproducción. Al verse obligada por el abandono del marido a ingresar en la esfera de la producción, no sabe imponer un poder que nunca ha ejercido y que representa el monopolio cultural de los varones. Por ello, a pesar de convertirse en la dueña de la finca, no está en la capacidad de ejercer una autoridad que simbólicamente ella ubica en el varón.

La protagonista, además de ser socializada bajo los dispositivos culturales que la construyen como carente de poder, también lo fue bajo los dispositivos sexuales que la construyen como dependiente emocionalmente y por ello en la pasividad. De igual manera educa ella a sus hijos. A la niña en todas las cualidades femeninas que se consideran aceptables para que se desempeñe socialmente en la aceptación, la sumisión, la mudez y la invisibilidad; y al varón en esos valores de masculinidad que de manera grotesca, pero socialmente aceptada, se expresan en el *machismo*.

Es una mujer con una fuerte adhesión afectiva hacia los símbolos que la han construido como un ser dependiente en lo material y afectivo. A la manera aprendida, disfruta plenamente de su sexualidad. Ella otorga al sentimiento amoroso un nuevo sentido que borra toda connotación de pecado o tabú lo que le permite aceptar sin pudor y con orgullo los comentarios del marido acerca de la belleza de su cuerpo desnudo. Esto la distancia de la experiencia de la mayoría de las mujeres y podría constituir un espacio de resistencia desde el cual confrontar al discurso patriarcal. Considera, además, que la edad no tiene por qué significar la negación del placer y la sensualidad. Ante este desafío a las concepciones tradicionales de la sexualidad femenina, el marido le ofrece el espejo en el que la cultura refleja la imagen de una mujer mayor como carente de atractivos, asexuada y sin un lugar propio en una sociedad que la construye como vientre. Acepta, no sin rebeldía, la concepción patriarcal acerca de la sexualidad y con este asentimiento, por temor al enfrentamiento, se niega la posibilidad de liberar sus deseos y redefinirlos desde la subjetividad femenina en busca de la satisfacción de los propios valores y deseos. Bienvenida no está en la capacidad de liberar el lenguaje de las intenciones de los *otros*.

Bienvenida es una mujer con una identidad tradicional que a pesar de su rebeldía no llega a construir un nuevo posicionamiento que le permitiría liberarse de su atrapamiento en el espejo, organizando el lenguaje del *ya no* pero *todavía no*. Al tomar conciencia de su insatisfacción, el *ya no* está presente pero *todavía no* logra dejar vagar su mirada en el territorio que conjuga el desafío y la imaginación. Su identidad presenta recurrentes crisis genéricas y a pesar de expresarlas objetivamente, en el contexto (la sociedad hondureña conservadora y patriarcal) y en el posicionamiento en que ella se ubica (una mujer sola, mayor de cuarenta años, de origen humilde, sin apoyo sororal y las redes que éste implica, sin educación para la esfera pública y socializada en la esfera privada) no llega a redefinir el espacio de lo público de tal manera que no la deje al margen, ni construir espacios de negociación que puedan dar solución al dilema. Así, en el nivel de la subjetividad permanece como objeto del deseo del *otro* y no transita hacia la constitución de un sujeto de deseos propios. Finalmente, y a manera de ironía, el texto termina cuando la mujer extraña y necesita su "cárcel": son los problemas de "la libertad" para este tipo de mujer. ♦

Notas

[1] Oyuela, Leticia de. "La Libertad" (2001). En *Las sin remedio: mujeres del siglo XX*. Editorial Guaymuras. Tegucigalpa, Honduras, pp. 104-121. Todas las citas corresponden a esta edición.

[2] Cfr. Weigel, Sigrid (1986). "La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres". *Estética feminista*. Icaria, Barcelona, p. 98.